

Antes, Lafourcade, conversemos con el viejo Dostoievski. ¡Un momento! Lo veo aquí con sus barbas renegridas, cubriendo casi un rostro pálido, de salientes pómulos. Así lo presenta un grabado de Carlos Hermosilla. Nos mira como a ficha de ruleta. O tal vez como a carta de naipes. Recién se restablece del último ataque de epilepsia. Habla con voz abarritonada. Dice que el tonto no debiera ruborizarse por su tontería, porque no es su culpa si la naturaleza lo hizo nacer tonto. ¿Y? —le preguntamos, apuntando a sus ojos ligeramente rasgados. Carraspea como lo hacían, antes de iniciar el canto, los cosacos del Don. Farfulla: "sin embargo, me parece que la iniciativa tiene que tomarse por las inteligencias privilegiadas; el tonto queda perdonado si no es más inteligente que la gente inteligente..."

Así —pensamos— configuró su Príncipe Idiota.

¡La inteligencia, la inteligencia, el miedo alarmista por la inteligencia!

Usted, Enrique Lafourcade, toma el tema de Nastasia y Filippovna. Juega con él. Creo que abusa de su talento, pero lo hace bien. Uno pesca su libro y se va de un hilo, devorando páginas, haciendo comentarios con la esposa, que en esos momentos se halla abstraída con una de esas horribles y tremendas seriales de la TV. Uno rie por ahí. Y por ahí se pone serio. Se le ocurre que el autor de "Palomita Blanca" —cien mil ejemplares dando vueltas por los países de habla española— anda de travesuras estirando un estilo que —se nota a las claras— castiga con tremendos azotes de una disciplina literaria que lo está llevando a otros límites de nuestro mundo de letras y letrados. ¿Se burla un poco de los que vinieron a este mundo sin esa luz —¿será luz?— quien ilumina el pensamiento? ¿O pretende recrearlos? Yo creo que sí. Claro que sí.

## Circunstancias

# Variaciones Sobre el Tema Lafourcade y el Oficio Heroico

Per SÜETONIO

Donde con el escritor hablamos sobre su último libro y, de paso, nos metemos con Dostoievski, mencionamos a Nastasia Filippovna, al príncipe Mishkin, a algunos amigos, a los balances literarios, a la Universidad y a otros etcéteras.

Y otra vez Dostoievski carraspea: "pero nunca podrá soportar el hombre una burla en cuanto a su inteligencia. No la perdonará. Nunca la olvidará y con gusto la vengará en la primera ocasión". A usted, Enrique, hay mucha gente que no le perdonará la inteligencia. Cuando se enteran de que su nombre, como los de José Donoso, Carlos Droguett y Jorge Edwards, andan por allá, por las Europas, compitiendo con las consagraciones más vendedoras de libros, se muerden un dedo, o dos, o tres, o la mano entera. ¿Así es que Lafourcade, ese niño que nació en la callecita Santa Isabel número 0106, hijo de Enrique Lafourcade Miranda y de la Raquel Valdenegro Leyva, pretende meterse al boom? La gente es como es, como debe ser. Un escéptico hubiera dicho que nuestro siglo es el siglo de los amores propios excitados. ¿Qué le va hallando?

Recuerde que cuando apareció "Adiós, Medusa", sin duda el libro que realmente "explosionó" en 1975, con una tremenda crítica que le fue favorable, no faltó quien afirmase que se había salido de madre, que era andar demasiado rápido en la estilística, en el planteamiento, en la concepción de la novela. Y yo sé que Luis Sánchez Latorre debe haber levantado los hombros, echado el mechón de pelo sobre las cejas, queriendo insinuar: "bueno... puede ser... La gente limitada, testaruda, hace menos tonterías que la gente inteligente".

En Chile se producen escritores a cada rato. Somos una fábrica que no detiene sus máquinas. Y van saliendo firmas que respaldan nuestros créditos en el exterior, cuando logran traspasar las barreras fron-

terizas. Ahí tiene a Braulio Arenas, por ejemplo, a quien los editores venezolanos tratan como a gran señor intelectual. Novelistas. Poetas. El heroico oficio que nos permite ser pobres de solemnidad, ser dignamente pobres.

—000—

LO ENCUENTRO EN LA CALLE. Usted trajina mucho, Enrique Lafourcade. Va de un lado a otro. Tecléa como desesperado todo el día y parte de la noche. Le llamaron "activista" de la literatura. Comentaron que duerme dos horas de siesta, que lee hasta la una de la mañana, que tiene insomnios, que lo despiertan los pájaros. Usted me notifica que desea visitar a nuestro amigo Baltazar Castro, en su bucólico escondite de Rancagua o en el de Rengo, en su "Rosafé". Señala que lo estima mucho. Tiene fundamentos para estimarlo. Lo entiendo. Allá está trabajando el hombre, en vinos, animales y libros. Pero hay otras observaciones formuladas en tono amistoso: que usted escribe —por cierto que sí—, viaja, da clases, ataca, expone y todo ello con una nota inconfundible de locura creadora. Y no digo esto, si no otros. No quiero aparecer adulando.

Conversemos de estas "Variaciones sobre el tema de Nastasia Filippovna y el Príncipe Mishkin", Editorial Planeta, Barcelona. Una linda edición popular que si hubiese sido impresa por estos lados sería de lujo. Conversemos...

Usted abre su sonrisa, esa sonrisa que maneja a maravillas cuando se propone expresar verdades del porte de una casa o cuando quiere aparecer amable.

"Este libro pretende probar que sueño y realidad no son estados vitales contradictorios, que integran un solo fluir de la existencia..."

—¿Cómo es eso? Vamos a ver...

—"Muy sencillo. Un escritor, un artista, tiene como deber de fondo investigar, a través de su obra, los límites de la realidad. De allí que siempre se identifiquen, aunque utilizando métodos diferentes, con los metafísicos..."

Y continúa monologando:

—"Estas Variaciones retoman viejos temas, situándolos en un territorio exótico: Chile. Nadja en Santiago. Nadja en un micro Ovalle-Negrete. Nadja que se encuentra con Braulio Arenas, con Jorge Teillier, con Armando Cassigoli, que José Donoso —en su poblado medieval de Calaceite (Teruel, España)— asegura haber visto y que fue su mejor alumna. Pero no es Nadja, sino Nastassya Filippovna, la heroína de Dostoievski. Y tanto la mujer sonámbula y loca de Bretón como la demente y sonámbula de Fedor Ilich son una muñeca, un simulacro, un sueño de otro pelele: el Príncipe Mishkin. La novela es de ambicioso y de lento discurso..."

Nos estrellan. Las aceras de este "territorio exótico" se hacen estrechas. No cabe la voz del autor de "Frecuencia modulada". Entonces cambiamos palabras a grito pelado, como si fuésemos discutiendo acerca de las Termópilas.

—000—

¿NOS HABIAMOS DADO EL ABRAZO DE AÑO NUEVO? No, pues, hombre. Que lo pase bien. Y nos echamos a tranquilizar. Le escucho, "pongo el oído fino".

—"Espero que en este año de 1976 Chile deberá hacer un esfuerzo decidido por mejorar su quehacer en lo que a cultura se refiere. 1975, contra todo lo que digan los funcionarios de la inteligencia, fue un año con una cosecha desmedrada. Hubo sequía espiritual. Abundancia de intérpretes. Escasez de creadores. Faltan editoriales. Faltan revistas de cultura. La Universidad está amenazada, "vigilada" conforme acaba de denunciarlo, en espléndido artículo, el filósofo Jorge Millas. Con una Universidad "vigilada" la cultura comienza también a estarlo. Creo que debemos reaccionar. En este caso debemos ser reaccionarios. La Universidad tiene fuerzas centrifugas suficientes para detener todas las hordas, para filtrar, para revivir. Hace ya muchos años que estamos tratando de asesinarla bajo sistemas de varias texturas políticas. Aún es tiempo. Celebro el valor de Jorge Millas. La única manera de no correr riesgo alguno —en la Universidad, en la vida— es dejar de vivir, nos asegura el filósofo. También en el mundo del espíritu. Impedir su libre circulación es quitarle oxígeno..."

—Vaya, vaya, vaya con la yegua baya... (Esto era una muletilla que usaba mucho un poeta que murió aplastado por una lira) ¿Y no estima usted que este año hizo falta un buen balance literario? Comprendo que es difícil empresa. Edmundo Concha se manifestó contrario a un recuento, porque caer en omisiones puede resultar negativo. Hay que leer, leer mucho y obrar en plena justicia. No tiene validez la revisión de títulos proporcionados por los editores si no se hace un descarte, libro por libro, página por página, de cuanto entregaron al mercado consumidor, que cada día es más reducido.

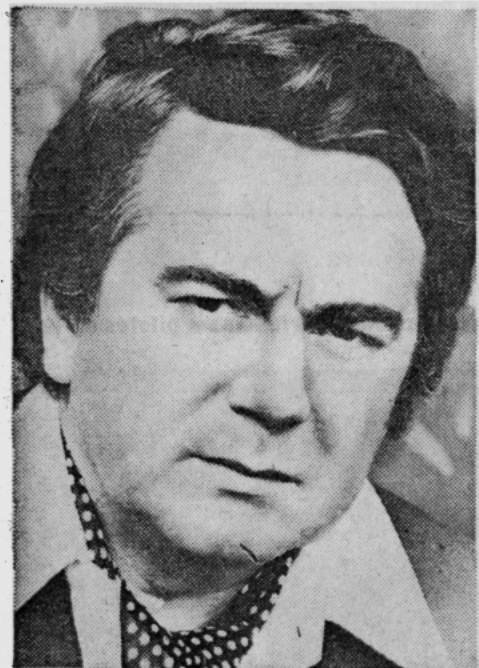
—"Pienso que estos balances literarios —anota Lafourcade— han sido efectuados con mucho descuido. Faltan títulos fundamentales. No se considera a las editoriales españolas, argentinas y mexicanas, que están editando a autores chilenos. En el exterior, por ejemplo, circulan ciertos nombres que aquí apenas se cotizan: Jorge Edwards, José Donoso y, sobre todo, Carlos Droguett..."

—Y usted, naturalmente...

—"No me meta a mí en el baile. Déme el derecho de ser una pizca modesto. Lo que quiero establecer es que deberíamos intentar un sereno examen del estado de nuestra literatura, no solamente atendiendo la escasez, la menesterosa producción interna, sino, sobre todo, examinando la gravitación e irradiación que algunos autores tienen fuera de sus países, enfrentados a la crítica internacional, lanzados por las grandes editoriales del mundo hispánico y traducidos a otros idiomas. Por lo demás, significan una avanzada para otros valores que, por la importancia de sus obras, merecen mejores destinos. Ya está bueno que nos desplacemos más allá de la Cordillera andina, del Mar Pacífico y de otras fronteras. Y que perdamos ese abominable complejo de inferioridad de que padecemos los escritores chilenos".

Si nos hemos ido de boca, que Dios nos perdone y que también nos perdone el respetable prójimo que nos está leyendo.

Así sea.



Enrique Lafourcade